

Algunos americanos: comienzos (II)*

Charles Tomlinson

En 1959, junto con otros seis escritores europeos, me fue concedida una beca de viaje con el fin de permitirme visitar Estados Unidos. Aunque conseguí esta beca bajo los auspicios de Henry Rago, de *Poetry*, me enteré de que tanto Williams como Miss Moore habían escrito sendas cartas de recomendación. Al llegar a Nueva York en octubre de 1959 sufrí mi primera decepción: Marianne Moore no concedía visitas. Estaba a punto de salir de viaje, por lo que, según escribió, «no puedo aparentar la cordialidad que siento. Cuando haya regresado, me pondré en contacto con usted para averiguar si sigue en disposición de reservar parte de su tiempo para verme. Espero que no le desalienten el ruido y el alboroto de Nueva York, ni que se halle cansado por el viaje y el esfuerzo que supone dejar el hogar.» No obstante, seguía habiendo oportunidad para una llamada de teléfono, y escuché por vez primera esa voz que Louis Zukofsky me describiría más tarde en estos términos: «Hablaba como una máquina de coser. Uno casi podía contar las sílabas.» Era una descripción poco amable, aunque no inexacta, de una curiosa forma de hablar que combinaba el entrecortamiento con el subrayado de ciertas palabras. Miss Moore regresó casi de inmediato al tema de la falta de atractivo de Nueva York. «Esta ciudad es Sodoma y Gomorra», dijo, añadiendo: «Chicago es peor, aunque tienen un Museo de la Ciencia y la Tecnología fascinante. Pero si uno dice: ‘Quiero ir al Museo de la Ciencia’, *responden*, ‘no hay tiempo’. Aquí es imposible dar un paseo y *no* advertir algo desagradable. Con decirle que para encontrar *belleza* tuve que ir el pasado verano hasta Columbia, y *eso* gracias a que descubrí una fotografía en el *Illustrated London News*».

Miss Moore tenía pensado dejar la ciudad para descansar en Pennsylvania de lo que describió como una «apoplejía aguda». William Carlos Williams, incapacitado por ataques más que agudos, sí podía ser visitado

* Damos seguidamente la segunda parte de la versión española de ‘Beginnings’, capítulo inicial de *Some Americans*, de Charles Tomlinson, University of California Press, Berkeley y Los Angeles, 1981. La primera parte de este ensayo fue publicada en el número 600 (junio 2000), pp.53-68.

en Rutherford. Fue Denise Levertov quien me acompañó en esa primera visita. Iríamos después de almorzar, anunció. Era el mejor momento, cuando su mente se mostraba más activa. Denise se mostraba justamente protectora y solícita con Williams. Era preferible que mi mujer y la niña no nos acompañaran, pues se cansaba fácilmente. Le aseguré que la niña era muy dócil, un producto tan europeo como ella misma. Pero Denise se mantuvo en sus trece –sin duda con razón– y en cualquier caso yo bromeaba más que insistía.

Almorzamos en el apartamento de Denise en West 15th Street, tomamos el metro hasta la estación de autobuses de Port Authority, y por vez primera crucé esa llanura pantanosa, *The Meadows*, que separa Nueva York de Rutherford. Los camiones se dedicaban a arrojar su carga en los espacios que los cultivos suburbanos habían dejado libres. El desarrollo industrial había alcanzado la zona sin que pudiera distinguirse ningún centro o dirección. Un toque de urbanidad en la blanca iglesia luterana cuya estructura de madera, escrupulosamente pintada, dominaba uno de los asentamientos. Luego: esparcidos a lo largo y ancho de aquel espacio, gasolineras, moteles, tendidos, carreteras, presagiando tal vez un futuro. De repente, un río con pájaros, una olvidada imagen pastoral al lado de esta acumulación. Las callejas alineadas con árboles y las pulcras casas de madera de Rutherford fueron una sorpresa. Como lo fue la agazapada iglesia construida en una piedra de apariencia duradera.

«¿Dónde está su mujer?», fue lo primero que Williams preguntó, volviéndose hacia mí tras dar un beso enérgico a Denise. «¿Y la niña?» Era uno de sus días buenos. A pesar de su brazo inerte, a pesar de la dificultad ocasional para encontrar ciertas palabras, que la señora Williams le proporcionaba, parecía enérgico como un muchacho, casi radiante en su afán por transmitir en el trato la amistad que había ofrecido por carta. Tanto su charla como la de su mujer se movían entre el pasado y el presente. «Cuando nos instalamos aquí», dijo, «el lugar estaba rodeado de árboles, y ahora en cambio...». «Lo que me gustaría», dijo la señora Williams, «es que hubiera un par de carros de caballos».

Admiré los dos cuadros de motivos vegetales de Charles Demuth. «Hay otra cosa que quiero enseñarle», dijo Williams y, tomándome del brazo, me empujó escalera arriba. Lo que quería mostrarme era su estudio: el escritorio, la máquina de escribir eléctrica, los papeles, los libros. Mientras hablábamos me fijé en un sujetapapeles –me pareció que victoriano– en forma de mano provista de largos dedos que se extendían a partir de un puño de metal; el metal simulaba un encaje con líneas de puntos, círculos y trazos